

LUJO Y ECONOMIA

Una conferencia. Fué el 3 de junio. El salón, el de la Cámara de Comercio. El conferencista, el Dr. José Antonio Mayobre, recién nombrado Ministro de Hacienda, estudioso y versado en cuestiones económicas. Con seria objetividad fué tocando algunos tópicos y denunciando graves fallas en nuestra economía.

El capital venezolano es muy limitado; esto le obliga a mendigar créditos en los Bancos y sobre todo en el Gobierno. Parece que no acierta a dar un paso sin apoyarse en el paternalismo oficial. Casi todas las empresas nacen sin el suficiente capital, sufriendo desde el principio restricciones que van frenando la expansión normal. Y nadie podrá decir que no hay dinero. Pero en vez de represarlo en el dique del ahorro, formando una gruesa reserva, se le deja escapar alegremente en exhibiciones sociales y en objetos de lujo.

Ahorro. Entre nosotros se siente aversión por el ahorro. Hasta se le califica de avaricia. A los raros que administran con prudencia sus bienes se les apoda de **pichirris**, sinónimo de agarrado y miserable.

El contraste que en este aspecto forma el bloqueo extranjero con el criollo es muy fuerte; pues mientras éste despilfarra lo que tiene y a veces lo que no tiene, aquél, en cambio, guarda exagerado, aun a costa de intereses vitales. Esta política divergente tiene sus efectos en la independencia y autonomía que va creando el inmigrante y en la dependencia y mendicidad en que cae el nativo.

El dinero, se repite como un axioma, es redondo y no ha nacido para estar inmóvil, sino para rodar. Todos convienen en el movimiento; más en la moderna sociedad, donde casi no se concibe el capital paralizado. Pero lo interesante es fijar la dirección de esa rotación.

Lujo. Nosotros los venezolanos llamamos la atención por el número de viajes a todo el mundo. Con ser pocos, nos encontramos, fuera de la patria, en todas las capitales; y la mayoría en plan turista y derrochador: los mejores hoteles con los mejores teatros y las más costosas atracciones.

Dentro de casa nuestras fiestas sociales desequilibran el presupuesto de mu-

chas familias. Tantas reuniones con tantas invitaciones; tantos aniversarios con tantos regalos, y regalos costosos. Que si el bautizo, que si el cumpleaños, que si las bodas de plata, que si la entrada en sociedad, que si el grado, que si... Cualquier acontecimiento, aun del menor calibre, exige la celebración de una fiesta suntuosa, con notable dispendio de atención, tiempo y dinero. Filtrase sutilmente la emulación, y es evidente que si el vecino tuvo una fiesta de gran boato, no se puede quedar uno atrás. Así, lo que pudiera ser, cuando más, una modesta e íntima fiesta familiar, exige desembolsos astronómicos. Y aunque "de riqueza y de beldad, la mitad de la mitad", por más minimizantes que sean los cálculos siempre resultan muy elevados.

Nada se diga de los carros. El cambio anual es para muchos algo ritual y de protocolo. Salir a la calle sin el último modelo equivale a comunicar al público un estado económico poco brillante. Ni se borra esa impresión con un carro nuevo, pero de marca modesta. Tiene que ser de los nuevos y fastuosos.

Párrafo aparte merecen los nuevos palacios. Aquí ha entrado la competencia en un frenesí tal que la exhibición del edificio con el moblaje está destinada a causar un efecto deslumbrador; a dejar boquiabiertos a los visitantes. Nada se ha escatimado en materiales; mármoles y metales; pisos de granito, iluminación indirecta y de grandes arañas; alfombras y sillones, vajillas y cristalería, piscina, bar, cocina, jardines... Todo ultramoderno y todo... costoso. Porque no es sólo la cifra global la que sale a relucir en la conversación, sino que va acompañada de partidas simples que con sus números delatan el chorro de oro que ha corrido por el suelo que se pisa.

Ambiente. Si esto fuera capricho o vanidad de unos cuantos aislados, el detrimento apenas se dejaría sentir. Pero es un ambiente que envuelve a todos; es un espíritu que anima a todas las clases sociales. Los trabajadores y la clase media sufren del mismo mal. Hay costumbres de fiestas y velorios que suponen la ruina económica de la familia. Pero es preferible la ruina a quedar ante el público con el sambenito de la pobreza. Uno no puede ser menos que los demás. Campesinos hay que para animar el velorio tienen que vender la yunta de bueyes, único alivio en su rudo trabajo. Pero se cierran los ojos ante la trágica determinación.

Corre el aguardiente en las noches largas del velorio entre cuentos y risotadas. La luz del nuevo día señalará el abismo de la situación desesperada.

Sabe el trabajador y el oficinista que la fiesta rebasa sus posibilidades económicas; pero imposible pasar sin ella. Para eso hay que llamar a las puertas del crédito, y lo que es peor, caer en las garras del agiotaje. Pero una fuerza ciega los arrastra. El alborozo de la reunión disimula, pero no suprime, el roce del dogal económico que se echó al cuello. Y luego, mientras los concurrentes comentan que "la fiesta estuvo muy buena", el anfitrión sufre en soledad las estrecheces del cerco en que le agobian diarias reclamaciones de insistentes acreedores.

Provoca esta conducta una sangría tal en las finanzas que llega a constituir un peligro económico nacional. A esto apuntaba el Ministro de Hacienda al afirmar que hay formas ostentosas de gastar el dinero y que en Venezuela cristaliza en objetos de lujo y en la negación del ahorro.

Intensa vida han desarrollado entre nosotros las joyerías, seguidas en escala menor por las modisterías. Pero también éstas han descubierto el rico filón y casas de fama internacional, como Dior, Balmain..., han pasado por Caracas y para atender a nuestra pródiga clientela han abierto sucursales en nuestra capital.

Aspecto moral y social. Grave problema moral y social encierra el lujo. Buscar su origen y raíz es lo mismo que bucear en las profundidades del alma humana. La vanidad, empeñada en hacerse sentir, busca el exhibicionismo y provoca la atención con ese fuego fatuo; y prende esa llama lo mismo en el rancho miserable que en el palacio millonario. Y generalmente a la riqueza exterior acompaña la pobreza interior. No pocas veces la literatura se ha cebado en este tópico con sangrienta ironía, y hasta el pueblo se ha vengado con intencionadas letrillas.

**Mucho vestido blanco,
Mucha parola...
Y el puchero a la lumbre
Con agua sola.**

Pero nadie tal vez ha clavado la flecha del sarcasmo más honda que aquel linco, fraile mercedario, a quien las tablas del teatro español le son deudas de las más brillantes piezas.

**Dad al diablo la mujer
Que gasta galas sin suma;
Porque ave de mucha pluma
Tiene poco que comer.**

El que es elegante por naturaleza no necesita de prestados atuendos ni busca la teatralidad exterior quien se halla bien aposentado en su riqueza interior. Algo se quiere disimular o tapar con esos oros y oropeles.

Desde luego convengo en que no se puede suprimir la moda ni desterrar el lujo. Diversos medios, culturas, épocas, imponen en su vaivén, aun dentro de una misma nación, variaciones en la indumentaria, relaciones sociales, etc.

Como tampoco se puede esperar que esa vanidad deje de sacrificar con el dinero valores espirituales de subido valor. Sencilla en su nombre, la Modestia disimula su rico contenido. Es ella una de las primeras víctimas que sacrifica el lujo y casi siempre con seguro fracaso.

Con estilo tan personal y ajustándose a las exigencias del medio aconsejaba Lope de Vega: "Es ansia de las doncellas lucir su primera hermosura con la riqueza de las galas; y engañanse en esto como en otras cosas; porque a la frescura de las rosas por la mañana basta el natural rocío; que cortadas, han menester el artificio del ramillete, donde tampoco duran como después ofenden."

Pero para muchas el rocío de la mañana se evaporó hace años y más bien se sienten empapadas en el relente vespertino. Se trata de disimular marchiteces más que de realzar hermosuras. Pero mal remedio procuran para su enfermedad. Otra norma les indica a las señoras el aristocrático obispo de Ginebra, San Francisco de Sales, de gusto tan depurado: "En los vestidos procurad, en cuanto os sea posible, la sencillez y la modestia; ellas son el mejor realce de la hermosura y el disfraz de la fealdad."

Alegan, por otra parte, algunos apologistas del lujo que éste sostiene a muchos millares que se dedican a la fabricación de ricas telas, artículos especiales, diseñadores, confeccionadores... Más aún, creen algunos ver en esos brotes como una ley de compensación; porque el rico se vuelve pobre y el pobre sube a rico. Lo que tras muchos sudores atesoró el padre, lo dilapidó el hijo pródigo; y en la estrechez de la pobreza vuelve a nacer la costumbre de la laboriosidad, restableciendo así el equilibrio.

No se puede negar a esta manera de discurrir algo de verdad, por más que en su fondo haya más de aparente y aun falso. Hay en la moral católica una virtud que, al exterior, parece confundirse con el lujo. Se llama MAGNIFICENCIA, y, como lo indica su etimología, consiste en la ejecución de grandes obras con fuertes desembolsos de capital, como templos, hospitales, universidades... Es todo lo contrario de la tacañería y el despilfarro, porque ni quiere pródigamente botar el capital ni guardarlo avaramente.

Al hablar la Encíclica QUADRAGESIMO ANNO de las obligaciones de la renta libre escribe estas significativas palabras: "El que emplea grandes cantidades en obras que proporcionan mayor oportunidad de trabajo, con tal de que se trate de obras verdaderamente útiles, practica, de una manera magnífica y muy acomodada a las necesidades de nuestros tiempos, la virtud de la magnificencia, como se colige sacando las consecuencias de los principios puestos por el Doctor Angélico."

Porque la magnificencia es virtud, debe guiarla el recto dictamen de la razón. Es el motivo por el cual exige el Papá una condición: "con tal de que se trate de obras verdaderamente útiles"; pues muchos gastos tan ostentosos como inútiles, muchas obras suntuarias frente al hambre y la miseria reinante merecen total reprobación.

Al pensamiento ciceroniano, para quien "el fruto mayor de la riqueza consiste en poder ser uno generoso sin menoscabo de su patrimonio", hay que añadirle la acotación del Estagirita, o sea que haya una razón para esa generosidad. Un mausoleo precioso para un caballo de carrera siempre será censurable, así lo levante el mismo Crespo.

Ordinariamente el lujo es improductivo y su radio de acción muy exiguo. Si se gasta un millón en una piedra preciosa se estanca prácticamente ese capital y duerme improductivo. A nadie le sirve, sino a su dueño, y en tal cual rara exhibición. Ese mismo millón, puesto en una fábrica, en un campo, en una obra de beneficencia, tiene una amplia repercusión social. Multiplicados esos casos y extendido ese espíritu a la sociedad, producen una enorme parálisis de capital: un exceso enorme de gastos sin producción que lo recompense.

Bien sé que pueden esgrimirse armas en pro y en contra. Y si Diderot dijo que "el lujo arruina al rico y aumenta

la miseria de los pobres", replica Cristina de Suecia afirmando que "si el lujo empobrece a unos, enriquece a los más y la masa general no pierde nada". Con todo, la historia parece inclinarse al literato francés: porque el lujo excesivo y general es prenuncio de grandes catástrofes y su lección la recogió el filósofo Bacon al estampar lacónicamente: "El lujo anuncia la decadencia de los imperios."

Sin llegar a ese extremo, y en el mejor de los casos, no puede negarse que el lujo es un enemigo abierto de la paz social. Porque el fuerte contraste entre la opulencia de unos pocos y la miseria de grandes masas solivianta las pasiones; mucho más en épocas como la nuestra, en que se siente el desajuste social en proporciones tan exageradas.

Era el 4 de abril de 1946. Frescas aún las heridas de la segunda guerra mundial, el hambre amenazaba con extender sus negras alas sobre la cuarta parte de la humanidad. Pío XII, en su Radiomensaje, se dirige a todos los que por su posición pueden ser factores de eliminación del tremendo flagelo: a todos los sabios en economía; a los magnates de la producción, a los que organizaban transportes; a los que regulaban la distribución de víveres. Su palabra de estímulo para los unos era, en cambio, de reprobación para aquellos "cuyo egoísmo cruel acumulando y ocultando las provisiones explotaban odiosamente la miseria del pobre... para enriquecerse con ilícitas especulaciones. Y en sus amenazas, junto a los provocadores de la inquietud social, alistaba a los derrochadores de sus riquezas. "¡Ay de quienes quisieran pegar fuego excitando inútiles motines! ¡Ay de quienes lo atizan con el espectáculo de su lujo escandaloso y de su derroche! ¡El derroche! Padre y madre de familia: Haced que vuestros hijos conozcan mejor que son cosas sagradas el pan y la tierra que lo produce. Nuestra época lo había olvidado excesivamente. De una decorosa sencillez de vida se había resbalado insensiblemente a la rebusca y a la satisfacción de goces malsanos y de necesidades aparentes."

A medida que avanzan los meses y disipadas las apariencias va surgiendo la verdadera efigie de nuestra patria, con tantos y tan graves problemas; es hora de que gobernantes y gobernados, dejando a un lado lo suntuario y lujoso, nos volvamos a lo necesario y urgente en plan de razonada economía y severa austeridad.

VICTOR IRIARTE, S. J.